



## Dos cárteles de Tamaulipas cobran cuota por cada árbol

ÓSCAR BALDERAS, CIUDAD DE MÉXICO

—A partir de este marzo, una casa fresca en tiempo de sequía es un privilegio que solo unos pocos disfrutaban en la Frontera Chica en Tamaulipas, donde *Los Ciclones* y *Los Metros*, escisiones del cártel del Golfo, ya cobran a las familias por cada árbol que ensombrece un hogar. PAG. 10

*Los Ciclones* y *Los Metros*, escisiones del cártel del Golfo, arrebataron a los vecinos uno de los pocos placeres que tenían en una región azotada por la migración y la pobreza; así enfrentan temperaturas que alcanzan hasta 36 grados

### Tamaulipas

# Crimen cobra cuota a familias hasta por la sombra de los árboles

## Reportaje

ÓSCAR BALDERAS  
CIUDAD DE MÉXICO

A partir de marzo pasado, una casa fresca en tiempo de sequía o de canícula es un privilegio que solo unos pocos pueden disfrutar en la Frontera Chica en Tamaulipas, donde los cárteles idearon un nuevo impuesto criminal.

Tres habitantes de esa región —dos en el municipio de Valle Hermoso y uno en Río Bravo— revelaron a MILENIO que los grupos criminales *Los Ciclones* y *Los Metros*, escisiones del cártel del Golfo, ya cobran a las familias por cada árbol que da sombra a un hogar en esa calurosa zona de México.

“Tengo claro cuándo pasó esto, porque fue un día después del cumpleaños de mi esposo: el 27 de marzo. Llegaron unas personas que dijeron ser de ‘La Empresa’ (*Los Ciclones*) y que a partir de ya iban a cobrar por los árboles en las casas. Se metieron a la fuerza y me contaron cuatro, hasta uno chiquito que le hace sombra al perro cuando se tira encima de la tierra, ahí en el fresco”, se queja Graciela, cuyo nombre real ha sido modificado a petición suya.

La mujer de 62 años llama a esa extorsión “el derecho de sombra”. Más preciso, imposible.

Antes de este año, la sombra era uno de los pocos placeres —gratuitos, simples— que Graciela conservaba en una tierra arrasada por el crimen organizado, la migración forzada y la pobreza: “tomar el fresco” en el pórtico de la casa de un piso que comparte con su esposo, Ignacio, de 70

años, es beber un vaso de agua fría bajo un frondoso encino que la refresca desde que era niña.

Ahora, ese gozo tiene precio: 100 pesos mensuales por disfrutar la sombra del árbol, le dijeron los tres jóvenes veinteañeros, miembros de *Los Ciclones*, una mañana en que el Servicio Meteorológico Nacional indicaba para Valle Hermoso una temperatura de hasta 34 grados.

Si Graciela no paga, deberá talarlo. Ni ella ni su esposo tienen la fuerza para hacerlo, y sus hijos viven desde hace varios años en Estados Unidos. Si no atienden la exigencia, tendrán que pagarle de sus ahorros a uno de los sicarios del cártel para que derribe el encino y los otros tres árboles que están anotados en la libreta del jefe de plaza.

“Aquí no te perdonan que seas viejo. Todos pagamos. Otros vecinos pagan por la reparación de su casa, por el carro, por los ani-



males. Aquí no hay nada de eso del respeto a los viejos: si no pagas, entonces te matan”, dice Ignacio con su voz trémula del otro lado de la línea telefónica, cerca de la ardiente frontera con Texas.

### Cultivos, ladrillos, velas...

La lista de bienes, servicios o “comodidades” por las que el crimen exige cuotas en México es cada vez más amplia y delirante.

En Navolato, Sinaloa, el cártel del Pacífico cobra a las gasolineras por las personas que usan los baños públicos; en Lagos de Moreno, Jalisco, el CJNG tiene un *impuesto* para los ladrillos utilizados en la remodelación de una casa; en Nueva Italia, Michoacán, el grupo criminal *Los Viagrains* instaló su propio sistema de internet con módems y antenas robadas y obligaron a habitantes a contratar el servicio.

En Texcaltitlán, Estado de México, *La Nueva Familia Michoacana* recolecta dinero por cada metro de cultivo, independientemente de si es para venta o autoconsumo; en Celaya, Guanajuato, el Cártel de Santa Rosa de Lima exige una cuota a las *escorts* que ofrecen servicios sexuales en la vía pública y por internet, mientras que el de *Chamula*, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, demanda un porcentaje del pago por las velas para las misas.

En Tamaulipas la situación no es distinta. Tras la fragmentación del cártel del Golfo en cinco grandes escisiones, cada una ha inventado nuevos *impuestos* en los territorios donde tienen presencia: en Tampico, *Los Rojos* cobran por el uso de palapas

y sillas a trabajadores en la Playa Miramar; en Soto la Marina, *Las Panteras* recaudan por cada nuevo motor de lancha para pescar. En Matamoros, Reynosa y Nuevo Laredo se paga, entre otras cosas, a *Los Ciclones*, *Escorpiones* y *Metros* por cada cruce en las garritas, por traer a México mercancía de Estados Unidos y hasta por una camioneta nueva.

Ahora también se cobra por el “derecho de sombra”. El argumento que recibieron Graciela, Ignacio y 14 vecinos en el municipio —pueden ser más, pero en esa zona no se acostumbra preguntar sobre estos temas— es que *Los Ciclones* y *Los Metros* necesitan más dinero para pelear contra la “invasión” del Cártel Jalisco Nueva Generación y la gente de Ismael *El Mayo* Zambada que comenzó desde hace dos años y es considerada la mayor incursión de criminales foráneos en la historia del estado.

“Nos dijeron que necesitan defender que Tamaulipas siga siendo de los tamaulipecos... puras estupideces. Lo que no quieren es que se les acabe el negocio de robar y están viendo de dónde sacan para las armas, las balas, todo lo que queremos que ya se acabe”, dice Graciela; Ignacio, al fondo, asiente con un carraspeo. La llamada se corta.

A 35 minutos de esta colonia de Valle Hermoso está el municipio de Río Bravo, del lado sur de Donna, Texas. Ahí vive Julio, sobrino de Graciela e Ignacio, quien desde su casa confirma la existencia del nuevo *impuesto* crimi-

nal. El día que hablamos, la aplicación de su teléfono registró 36 grados de temperatura máxima.

“Dos días después de que llegaron con mis tíos, (los criminales) fueron conmigo. Así están por toda la Frontera (Chica). Van anotando árboles, direcciones, nombres. Yo les dije que ya pago por una vulcanizadora, pero no les importó. Están obsesionados con la guerra que traen, que a la gente de bien le vale madres”, dice.

Julio, a sus 32 años, no deja de pensar que, al menos, el cártel tiene imaginación: en un lugar tan empobrecido como Río Bravo, ¿qué más le quedaba al crimen por arrebatarles, si no era la sombra de los árboles? —

“No te perdonan que seas viejo, todos pagamos: unos por la reparación de su casa, otros por los animales”, dicen